

mo en nombre de la primera: Aristóteles y Platon invocan nuevos dogmas en sus admirables obras; y la escuela del pórtico con sus rigurosas máximas, es mas á propósito para hacer hombres virtuosos y ciudadanos honrados, que todas las religiones antiguas.

Se acercaba la época de la verdad: el arte, que habia vivido hasta entonces para el arte y para el hombre, iba á vivir para Dios y la humanidad. La palabra del Salvador cambia la faz de la tierra, y el Cristianismo, no solo regenera al hombre por las aguas del bautismo, sino que esparce brillantes resplandores en torno suyo. Un principio de vida moral vuelve al ingrato hijo de Dios la gracia perdida, y un principio de vida tambien, el *sentimiento*, regenera las artes todas, sacándolas del cenagoso pantano de falsas inspiraciones: «identificadas, dice Chateaubriand, con los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre, no bien apareció en el mundo: ellas la prestaron sus encantos recibiendo en cambio el sello de su divinidad. La música dió notas á sus cantos: la pintura la representó en sus dolorosos triunfos: la escultura se complació en meditar á su lado junto á los sepulcros: la arquitectura la erigió templos tan sublimes y grandiosos como sus pensamientos;» y por último, añadiremos nosotros, la *oratoria*, hablando á los hombres un nuevo idioma, abatió su orgullo y corrigió sus defectos, trazándoles la senda que conduce al templo de la verdadera inmortalidad.

El sentimiento de la caridad, desconocido en las sociedades antiguas, preciosísimo legado del *Hombre-Dios*, aroma purísimo que se difunde por los ámbitos de la tierra, para perderse en el cielo, anima el corazón de los Apóstoles cuando, cumpliendo el mandato de su Maestro, predicán el Evangelio á todas las

criaturas, y ese mismo sentimiento germina en el de sus sucesores realizándose la promesa divina que tantas veces hemos citado (1); sentimiento fecundo, inagotable siempre, y que abraza en la multiplicidad de sus formas los tres grandes elementos de la ciencia, del arte y la religion: *Dios el principio, la naturaleza el medio, el hombre el fin.*

La antigüedad no puede ofrecernos nada comparable á la elocuencia cristiana: el orador es dueño de su asunto, como dice un célebre escritor, y ese asunto es magnífico como la creación, sublime como Dios, infinito como el tiempo, sin que puedan limitarle las montañas ni los mares. En las grandes calamidades que afligen al género humano, su voz es la única que se percibe magestuosa é imponente; nacida la oratoria cristiana de una region mas elevada, apenas se detiene en los intereses y grandezas de la tierra; para todos los pesares encuentra consuelo; para todos los dolores alivio; para todos los extravíos fácil remedio en la práctica de las virtudes. ¡Cuán vasto es su horizonte! ¡cuán benéfico su influjo! ¡cuán grande y legitimo su poder en los actos todos de la vida moral!

Ya lo hemos dicho, y lo repetimos: la oratoria sagrada es uno de los triunfos mas brillantes de nuestro culto. La religion cristiana estaba escrito que no habia de anunciarse al mundo por el estruendo de las armas, ni dominar por la fuerza; su imperio debia ser mas duradero; su conquista mas lenta, pero mas segura. La *persuasion* y la *humildad* convierten al romano y al bárbaro, destruyen los restos de la filosofia antigua que á la caída del imperio flotaban aun esparcidos en diversas escuelas, vencen mas tarde las heregias, echan los cimientos de una

(1) «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»



nueva civilización, y trazan, por último, á los pueblos la senda del verdadero progreso: el progreso moral, al que principalmente debemos aspirar para bien de la humanidad.

Entre los antiguos, la poesía y la música tuvieron una importancia grandísima: consideradas estas manifestaciones del sentimiento, de las creencias y de los gustos de los hombres, como los únicos medios de persuadirlos al bien y al mal, de ellas se valían para perpetuar la memoria de los hechos pasados, tributar alabanzas á la divinidad y encomiar las virtudes y las proezas de los grandes de la tierra.

Los Profetas, dotados de un conocimiento sobrenatural de las cosas santas, aceptaron el gusto dominante de la literatura oriental, y al dirigirse al pueblo en nombre de Dios, lo verificaron siempre en forma poética: sus exhortaciones breves, enérgicas, libres de toda traba enojosa, sorprenden agradablemente el oído, enagenan el alma, conmueven el corazón y se graban para siempre en la memoria.

En la maravillosa continuidad de la primitiva religión, de la religión verdadera, los Profetas se nos presentan llenando una misión augusta: vestidos de un saco, como dice San Agustín (1), se presentan tan solo para anunciar los mandatos del Señor, manifestar sus arcanos, corregir los vicios é intimar las amenazas y los castigos del cielo: su voz augusta tiene una gran importancia, y tan solo resuena cuando es absolutamente precisa: confirmándose siempre con maravillas que mantienen al pueblo escogido en medio de la general corrupción, sumiso y obediente á los mandatos de Dios.

(1) De civit. Lib. VIII, cap. 41.

Henoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y José, antes de la ley escrita, pronuncian en lenguaje místico, en cánticos sublimes, los oráculos que contenía el destino de sus hijos, y de este modo cada tribu conoce lo que mas directamente la estaba reservado en la realización de las promesas del Señor.

Llega un tiempo en que la verdad, mal retenida en la memoria de los hombres, no podía conservarse sin escribirla; y una frágil barquilla formada de mimbres y cubierta de flores, se mece tranquila sobre el abismo sin sumergirse: los elementos obedecen el mandato del Supremor Hacedor, y llevan á ribera hospitalaria al nuevo Profeta destinado á salvar al mundo.

Moisés es el nuevo Profeta á quien Dios se revela de un modo magnífico y consolador, como no lo había verificado á ningún otro antes que á él: Moisés presencia en la cumbre del Sinaí la escritura que Dios mismo hace con su propia mano sobre dos tablas de piedra, de los preceptos fundamentales de la religión y la sociedad; oye y percibe la voz del Autor de todas las cosas; traza en la historia de su pueblo la historia del género humano; mantiene su fé en el desierto; divide con su palabra las aguas del mar y canta en la orilla opuesta (1) alabanzas al verdadero Dios.

Para imprimir en el espíritu del pueblo las verdades eternas é inmutables que constituyen la ley y la perfecta uniformidad que exigía en su culto, Moisés no se vale de elocuentes discursos, sino de portentosos milagros que Dios consiente: con este mismo fin construye el tabernáculo, templo portátil, en el que los hijos de Israel ofrecían sus votos al Dios que había criado el cielo y la tierra, y que no se desdeñaba de viajar con ellos

(1) Exodo.—Cap. XV.



ni de servirles de guía. Sobre este principio, sobre este sagrado fundamento se halla edificada toda la ley, «ley santa, justa, benéfica, razonable, sábia, previsora y sencilla, la cual enlazaba la sociedad de los hombres entre sí, por la santa sociedad del hombre con Dios.» Esta ley se completa con sábias instituciones y significativas ceremonias, verdaderas fiestas nacionales, y para cuya conservacion fué elegida una tribu entre las doce: de esta manera los altares tuvieron sus ministros, la ley sus particulares defensores, y el orden y clasificacion del pueblo de Dios fué justificado por la sucesion de sus Pontífices, que desde Aaron, el primero de todos, no sufre interrupcion.

No debe considerarse á Moisés como orador sagrado, ni los Profetas que le siguen despues lo fueron tampoco: en el templo se conservaba la ley, y esto era lo que se leía al pueblo en las asambleas y solemnidades religiosas.

«Se tenia necesidad, dice Bossuet, de la ley á cada momento, no solo para arreglar las fiestas, los sacrificios, las ceremonias, sino tambien para todas las demás acciones públicas y particulares, para los juicios, los contratos, los matrimonios, los funerales, las sucesiones, y en general para todo lo que concernia á las costumbres. No habia otro libro en que se estudiasen los preceptos de la buena conducta; era necesario hojearle y meditarle día y noche, saber sus sentencias y tenerlas siempre presentes. En este libro aprendian los niños á leer, y él solo bastaba para hacerles sábios desde la infancia. Por esta razon mandábase que estuviese entre las manos de todo el mundo; y además de la lectura asídua que cada uno debia hacer en particular, se verificaba una lectura pública en el año solemne de la remision y del reposo, y en la fiesta de los tabernáculos, en la que todo el pueblo se hallaba reunido durante ocho días, todo lo

cual venia á ser en realidad como una nueva promulgacion.»

Solo por estos medios, un pueblo salido de la esclavitud y retenido en el desierto por espacio de cuarenta años, llegó á la tierra que le habia sido prometida: á su ilustre caudillo, á Moisés, no le es dado penetrar en ella; declina su autoridad y su poder en manos de Josué y eleva un nuevo cántico (1) que comienza:

«Oíd, cielos, lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca.»

Ved, pues, la forma de precepto ó la del cántico, nunca la del discurso: requeríalo así el estado de aquel pueblo. La sencillez y la estructura de estos cánticos no escluye su belleza y sublimidad; antes, por el contrario, la aumenta, dándola un carácter inimitable y que no hallamos en ninguna otra parte. Al leer los Profetas se comprende bien que son hombres inspirados por Dios; hay elocuencia en sus palabras, pero no por esto pueden ni deben ser considerados como verdaderos predecesores de los Apóstoles en el ministerio augusto de la predicacion.

Siguen á Moisés otros Profetas, de los cuales se hace mencion en el *Libro de los Reyes*, y á mas de estos Isaías, Jeremías, su discípulo Barúh, Ezequiel, Daniel y los que se comprenden en el sagrado texto desde Oseas hasta Malachías. La mision de todos es la misma: todos han eserito con anticipacion la historia del Hijo de Dios, que debia tambien ser el hijo de Abraham y de David. Así vemos como todo es correlativo en el orden de los consejos divinos. Este Mesias, mostrado de lejos como el hijo de Abraham, es tambien manifestado de mas cerca como el hijo de David. Le está prometido un imperio eter-

(1) Deuteronomio, cap. XXXII.



no: el conocimiento de Dios, difundido por todo el universo, es señalado como el signo cierto y como el fruto de su venida: la conversion de los gentiles y la bendicion de todos los pueblos del mundo, prometida despues de tan largo tiempo á Abraham, á Isaac y á Jacob, es de nuevo confirmada, y todo el pueblo de Dios vive en esta esperanza.

«Nada hay mas notable, añade Bossuet, en la historia del pueblo de Dios, que el ministerio que ejercieron los Profetas. Véanse hombres separados del resto del pueblo por una vida retirada, y vestidos con un traje particular, viviendo en celdas bajo una vida comun, y subordinados á un superior que les habia sido dado por Dios. La vida pobre y penitente que hacian era la imágen de la mortificacion, que debia ser aumentada en tiempo del Evangelio. Comunicábase Dios con ellos de un modo particular, haciendo brillar á los ojos del pueblo esta maravillosa comunicacion; pero jamás brilló con tanta fuerza como durante los tiempos de desórden, en que parecia que la idolatría iba á acabar con la ley de Dios. Durante aquellos malhadados tiempos, los Profetas hacian resonar por todos lados de viva voz y por escrito las amenazas de Dios y los testimonios que daban de su verdad. Los escritos que publicaban andaban entre las manos de todo el pueblo, y se han conservado cuidadosamente para perpétua memoria de los siglos futuros.»

El lenguaje de los Profetas, ora reprendan ó alienten al pueblo, ya lloren la pátria perdida ó suspiren por la pátria deseada, es siempre el lenguaje de la pasion, del sentimiento, de la inspiracion, revestido con todas las galas de una poesia inimitable, eterna, de todos los siglos, de todas las edades: en aquellos cantos, escritos para todos los corazones, no hay una simetría matemática, no se mide el tiempo, ni las sílabas, ni

se cuentan los renglones: la forma, esencialmente poética y no oratoria, está en la sucesion de los pensamientos y de las imágenes, está en la rapidez con que estas se presentan para sorprendernos, está en las palabras y en el fondo de la composicion.

He aquí por qué hasta hoy no sabemos que se haya escrito una obra acerca de la oratoria de los hebreos, conociéndose apreciables escritos que tratan de su poesia (1), y en los cuales no se dá á los Profetas el nombre de oradores.

A pesar del juicio que acerca de los Profetas acabamos de esponer, no se nos hará la ofensa de creernos poco respetuosos hácia esos genios inspirados por el espíritu divino, que mantienen la esperanza en el corazon de los hombres, vaticinan los grandes acontecimientos, se regocijan con la certeza de la reparacion, y lloran los padecimientos de Cristo antes que derramara su sangre y borraré para siempre la huella profunda del primer pecado (2).

(1) Herder ha escrito una *Historia de la poesia de los hebreos*, digna de ser leida, no obstante hallarse inspirada por el racionalismo alemán; hay en ella pensamientos profundos y apreciaciones exactísimas; tal es la fuerza de la luz, que á veces parece como que ilumina á los mismos ciegos.

(2) No solo los Profetas veian á Jesucristo, dice Bossuet, sino que tambien ellos eran una figura suya, y representaban sus misterios, principalmente el de la cruz. Casi todos ellos han padecido persecucion por la justicia, y nos han figurado en sus padecimientos la inocencia y la verdad perseguidas en nuestro Señor. Vemos á Elías y á Eliséo siempre amenazados, y á Isaías, la risa del pueblo y de los reyes, ser al fin, como lo dice la tradicion constante de los judíos, sacrificado á su furor: Zacarías, hijo de Joyada, fué apedreado: Ezequiel estuvo siempre en afliccion: los males de Jeremías fueron continuos é inesplicables; y Daniel se vió por dos veces espuesto en el lago de los leones. Todos sufrieron contradiccion y fueron maltratados; y todos nos han hecho ver con su ejemplo que si la flaqueza del antiguo pueblo necesitaba en general ser sostenida



El estudio de los Profetas es absolutamente preciso para el orador sagrado: las profecias son una de las mayores pruebas históricas que atestiguan la verdad del Cristianismo y su origen sobrehumano: á cada paso tendrá que acudir á ellas el sacerdote, ya como texto de sus predicaciones, ya como argumento de sus proposiciones, ya, en fin, como doctrina puesta á la contemplacion del fiel y á la admiracion del incrédulo.

El antiguo y el nuevo Testamento son dos libros que el sacerdote debe estudiar y meditar asidua y constantemente: son dos libros inseparables. El uno dice: el Mesias ha de venir: el otro atestigua que el Mesias vino ya: el uno contiene las predicciones, los oráculos: el otro es el relato fiel de cuatro testigos que han visto las cosas mismas que relatan: si Jesucristo no hubiese sido anunciado, el Evangelio no tendria la fuerza de un libro irrefutable; si Jesucristo no hubiese venido, la Biblia seria una mentira; pero ved por el contrario que todo se enlaza, que todo se relaciona de un modo maravilloso y cierto á un mismo tiempo: que la religion es de todos los tiempos, como decia San Agustin (1), siempre la misma, siempre la suprema verdad.

Así lo ha comprendido la Iglesia con su admirable sabiduría.

con bendiciones temporales, los fuertes de Israel y los hombres de una extraordinaria santidad fueron alimentados desde entonces con el pan de la afliccion, y bebieron de antemano para santificarse en el cáliz preparado al Hijo de Dios; cáliz tanto mas lleno de amargura, cuanto que era mas santa la persona de Jesucristo.

(1) Itaque ab exordio generis humani quicumque in eum crediderunt, eumque ut cumque intellixerunt, et secundum ejus præcepta pie et juste vixerunt, quam dolibet et ubi ibet fuerint, per eum proculdubio salvi facti sunt. Sicut enim nos in eum credimus, et apud patrem manentem, et qui in carne jam venerit, sic credebant in eum antiqui, et apud patrem manentem, et in carne venturum.

Una gran parte del antiguo Testamento lo forman sus oraciones y su liturgia. En el santo sacrificio de la misa, en las plegarias que se elevan al cielo por nuestros hermanos difuntos, en los actos solemnes de la vida en que interviene como madre cariñosa la religion para santificar nuestros deseos y asegurarnos la paz en el porvenir, en todo se enlazan la realidad de los misterios revelados en la ley nueva y las sombras ó figuras de la antigua.

«Los que no oyen á Moisés y á los Profetas, decia Abraham al rico avariento, tampoco creerán aun cuando los muertos resucitasen.» Y San Pedro: «Aun tenemos algo mas cierto que las cosas que se reciben por los sentidos, y es la palabra de los Profetas, la cual haceis bien en escuchar como antorcha que luce en lugar tenebroso, hasta que el dia esclarezca y el lucero nazca en vuestros corazones.» Preciosísima comparacion que retrata la sublime poesia de los escritos proféticos y el valor que deben tener á los ojos del orador cristiano, cuyo primer modelo es Jesucristo, que no habla en figuras, sino en verdad de verdades: Jesucristo, que atrae en estos momentos nuestras miradas y para cuya contemplacion necesitamos reunir todos los recursos de nuestra limitada inteligencia, diciendo antes dos palabras del santo Profeta que le precedió.

#### San Juan Bautista.

Estaba escrito que la palabra del Salvador debia anunciarse al mundo por la aparicion de un ángel (1), de un nuevo Elías, notable por su autoridad, por su celo, por su vida de penitencia y la mision augusta que le estaba señalada.

(1) Por oficio, escelencia, dignidad, pureza y santidad. P. Scio.



Y en efecto, en aquellos días (1) vino Juan el Bautista predicando en el desierto de la Judea, y diciendo: «Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos.»

Quinientos años antes de este suceso, Malachías lo había predicho y circunstanciado como sucedió. Malachías es el último Profeta del antiguo templo; su profecía es breve, pero fecunda y llena de misterios: al leer sus palabras consoladoras y al cotejarlas después con el relato de los Evangelistas, es imposible desconocer que, anunciando lo que había de ser el primero y narrando lo que fueron los segundos, todos escribieron igualmente, como hemos dicho, inspirados por el espíritu de Dios: tan milagrosa correspondencia entre el Profeta y los Evangelistas es una prueba irrecusable de la existencia real, positiva, de aquel á quien Isaías llama la *voz*; voz que clama en el desierto, que prepara los caminos del Señor, que debía unir, en fin, los corazones de los padres con el corazón de los hijos.

Se acercaba el momento de la reparación. Jesús vivía entre los hombres. El que vino para habitar en Jerusalén; el tantas veces anunciado y por tantos siglos deseado; el destinado á realizar una nueva alianza; el enviado, que es Dios, y tiene un templo, y entra en el templo como en su propia casa, había sido reconocido ya y adorado en el establo de Belén.

Las sesenta y nueve semanas de Daniel, reducidas á semanas de años, según el uso de la Escritura, se han cumplido: era el fin del reinado de Herodes, y Jesucristo iba á predicar la doctrina que Dios había decretado que se anunciase en todo el universo: una estrella sirve de guía á la gentilidad convertida

(1) En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, tuvo lugar este acontecimiento, tan notable en la historia del Cristianismo.

para ir á ofrecer al Salvador, todavía niño, las primicias de su reconocimiento: la plenitud de los tiempos, reconocida por hechos en el pueblo escogido y en todo el Oriente (1), ha llegado, y Juan Bautista llama á penitencia á todos los pecadores. «Isaías, oíd: pueblos lejanos, escuchad: el Señor me llamó desde el vientre de mi madre, designó mi nombre y lo puso en su memoria, é hizo mi boca como cuchillo agudo, y con la sombra de su mano me cubrió.... Ahora, pues, dice el Señor: El que me formó desde el vientre por su siervo *me manda* que convierta á él, y le traiga á Jacob, y congregue al pueblo de Israel (2).»

Juan Bautista, vestido de pelos de camello, sujeto con ceñidor de cuero, recorre las márgenes del Jordán y sale á él Jerusalén y toda la Judea, tomándole por el mismo Salvador: el Profeta les desengaña y les dice:—«En pos de mí viene el que es más fuerte que yo; ante el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos (3).»

Vino Juan en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él: no era él la luz; no era el Cristo; era, según sus mismas expresiones, el encargado de preparar el camino, palabra del Señor, para hacer derechas las sendas del Señor (4). Juan Bautista bautizaba en agua: Jesús

(1) Suetonio, en Vespasiano.—Tácito, Hist. V, 13.—Josefo, de bello jud. VII, 12.

(2) Isaías. XLIX, v. I, 2 y 5.

(3) Evang. de San Marcos, cap. 1.º

(4) Evang. de San Lucas, cap. 3.º, de San Marcos, cap. 1.º, de San Juan, cap. 1.º.—San Pablo hizo mención de estos hechos en el discurso que pronunció en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, diciendo: «...Dios, conforme á sus promesas, levantó á Jesús por Salvador de Israel, predicando Juan poco antes de su venida el bautismo de penitencia á todo el pueblo. Mas como Juan estuviese para concluir su carrera, como se aproximase el término de su ministerio, y aun de su vida, dijo:—«¿Quién pensais que soy? No, no soy yo el que pensais .. »